

nas, y el P. Gómez, despidiéndolos á todos, admitía solamente á los hijos de los portugueses. Al mismo tiempo, cambió de arriba abajo todos los estatutos y costumbres de la casa. Ya esto era serio; pero lo más grave fué que, despreciando al P. Camerte, á quien Javier, al partirse para el Japón, había dejado por superior de toda la India, usurpó insensiblemente su puesto, arrogándose el mando de todas las casas de la provincia. La superioridad de su talento sobre el de Camerte, que era hombre sencillo, y la amistad del arzobispo y del virrey, que supo ganar, le daban alas para todo. No sufría quiebras en la obediencia San Francisco Javier, y cuando entendió lo que había hecho el P. Gómez, le expulsó de la Compañía. En vano intercedieron el arzobispo y el virrey; el desobediente fué primero sacado de Goa, y después despedido de la religión (1).

Desembarazado de estos negocios domésticos, el santo empezó á disponer su expedición á la China, y nombró Viceprovincial de la India, para el tiempo de su ausencia, al P. Gaspar Barceo. No referiremos los innumerables trabajos que esta empresa le ocasionó. Bástenos indicar que, habiendo salido de Goa por Abril, y deteniéndose en Malaca algunos meses, llegó por fin á la isleta de Sanchán, en la costa de la China. Mientras allí esperaba transporte para pasar al continente, le saltó su postrera enfermedad el 20 de Noviembre. Hallábase Javier en sumo desamparo. Un Hermano de la Compañía llevaba consigo, pero le hubo de mandar á la India (2). Los navíos mercantes de los portugueses se habían vuelto á Malaca. Sólo quedaba una pobre nave, con muy pocos portugueses, cuando el misionero se vió acometido de su última enfermedad. Aunque mejoró á los pocos días; pero recayendo después, y observando que los movimientos de la nave le perjudicaban, pidió que le sacasen á tierra. Así se hizo. Armóse con palos y ramas una pobre choza, y en ella estuvo tendido el santo apóstol los dos últimos días de su vida. No tenía un sacerdote que le administrase los últimos sacramentos, ni un médico que le aliviase las dolencias, ni un Hermano de la Compañía que le consolase con sus palabras. Sólo estaban á su lado Antonio de Santa Fe, criado chino, convertido en Goa, á quien llevaba el santo por intérprete, y otro mozo, también chino, cuyo nombre ignoramos. Es-

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 145. Véase la narración extensa de este hecho en Orlandini (*Hist. S. J.*, l. XII, n. 81). La orden para expulsar de la Compañía á Antonio Gómez y á Andrés Carvallo, dejada por Javier al P. Barceo, véase en *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 744.

(2) *Ibid.*, t. 1, p. 155.

tos podían presenciar, pero no aliviar, los padecimientos del moribundo. En medio de este abandono, humanamente tan desgarrador, pero á los ojos de la fe tan sublime, expiró el apóstol de nuevas gentes el día 2 de Diciembre de 1552. Sólo tenía cuarenta y seis años de edad (1).

Hagamos una breve pausa después de tan rápida carrera, y para apreciar debidamente el mérito singular de este hombre extraordinario, consideremos su modo de proceder en las admirables empresas apostólicas que por la gloria de Dios emprendió. De tres maneras podemos considerar á Javier: lo primero en sus virtudes personales; después en su modo de gobernar la Compañía, pues siempre fué superior de los Nuestros en la India; finalmente, en sus trabajos apostólicos, ya con los pecadores cristianos, ya con los infieles de diversas sectas y regiones.

10. Lo primero que engrandecía á San Francisco Javier eran sus eminentes virtudes. Su pureza angelical, cuidadosamente conservada (2), le predispuso para recibir singulares gracias de Dios, y desde que la admirable destreza de San Ignacio enderezó hacia la gloria divina la ambición de gloria humana que hervía en el corazón de Javier, el joven maestro de París entró en la carrera de la perfección evangélica con una decisión que espantaba. Ya cuando servían los primeros Padres en los hospitales de Venecia, descollaba Javier por su fervor y abnegación, y en verdad que debía ser ésta muy grande, para poder descollar entre hombres de tan gigantesca talla (3). Entonces fué cuando para vencerse puso sus labios en la úlcera de un enfermo (4), y esta acción heroica se la vió hacer muchas veces en la India Agustín de Piña, como consta en los procesos (5). Su oración era larga y fervorosa, tomando para ella las horas de la noche, ya que las del día se las llevaba el trabajo de evangelizar; su paciencia en las tribulaciones asombraba á sus compañeros, como lo demuestran las primeras cartas que vinieron del Japón; su caridad, en fin, con Dios y con el prójimo era el alma de toda su vida.

(1) Véase la descripción de esta última enfermedad y muerte de Javier en el P. Valignano, quien la recibió de labios del mismo Antonio de Santa Fe. (*Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 190.)

(2) Véase el l. 1, c. v.

(3) «*Praecipue autem Magistri Francisci Xavier fervor et charitas et sui ipsius victoria eminuit.*» Polanco, *Historia S. J.*, t. 1, p. 57.

(4) Polanco, *ibid.*

(5) *Process. S. Franc. Xav. Pars. II, test. Juan de Mezquita.*

Para dar á nuestros lectores idea cumplida de la virtud de Javier, creemos oportuno copiar el juicio que hace de ella un hombre que pudo apreciarla mejor que nadie. El P. Alejandro Valignano, Visitador de las Indias y del Japón, uno de los superiores más eminentes que se han visto en la Compañía, y heredero en buena parte de las empresas y fatigas de Javier, refiriendo las hazañas de éste unos veinte años después, discurría de este modo: «Quien fuere considerando cuáles fueron los trabajos que tomó [el P. Francisco Javier] y cuán remotos y distantes los lugares que visitó, y cuántas y cuán graves empresas intentó y comenzó, y cuán grande fué el fruto que en todas las partes hizo, entenderá cuán grande era el esfuerzo y caridad que en su pecho tenía, y cuán grande fué la virtud y santidad de este buen Padre..... Y aunque tuvo muchas cosas que causan admiración, entre todas ellas dos son para mí de mayor espanto y maravilla.

»La primera es la grandeza de su ánimo y corazón, de la cual se entiende cuán grande era su caridad y esperanza en Dios, pues á él sólo le parecía poco la conversión de todo este Oriente, de la cual parece estaba tan sediento, que, si pudiera, quisiera estar manifestando la ley de Dios en todas partes en un mismo tiempo: y así, siendo él casi solo en la India, discurrió en breve tiempo [por] provincias tan grandes y tan remotas y distantes, y en todas ellas tomó empresas tan dificultosas y arduas, que cada una por sí podía satisfacer y ser bastante para mucha gente: y fué esto en tanto grado, que se podía atribuir á imprudencia ó demasiado atrevimiento, como entonces atribuían algunos prudentes de este mundo, que no entendían cuán ancha es la caridad, y cuánto puede el que tiene toda su esperanza y confianza puesta en Dios: mas la santidad de su vida y la experiencia mostró, que la caridad de Dios le movía, y que era guiado en todo lo que hacía por mucha prudencia, porque en todas las empresas salió muy bien, y en todas las partes adonde fué dejó sembrada la palabra de Dios de tal manera, que fué creciendo y dando muy copioso fruto.

»La segunda cosa que causa en mí grande admiración es ver cómo fué posible en un hombre mortal, unirse tanto la acción y la contemplación como se unieron en él; porque raras veces acontece que hombre metido en tantos y tan graves negocios, acompañados de una perpetua navegación por mar y por tierra, con las distracciones que á ellos se siguen, sin jamás cesar de obrar todas las obras que podía hacer en ayuda de los hombres, corporales y espirituales, y que fuese de vida en lo exterior tan común, y de tan buena y alegre conversación como era este bendito Padre, llegó á tener tan grande don

de oración y tanto concurso de espíritu como él tenía; porque luego en se recogiendo, hallaba tanta facilidad y atención, aunque fuese inmediatamente en saliendo de las conversaciones y ocupaciones que tenía, que parecía que luego se arrebatava y se absorbía todo, y se unía totalmente con Dios, como lo observaron algunos hombres curiosos muchas veces, que para eso lo acechaban: y era tanto el concurso de la devoción y consolación divina, que muchas veces, hablando con Dios, decía: «Señor, no más, porque no puedo con tanta »consolación»; y apartando con sus manos la sotana del pecho, parecía buscar alivio para el grande ardor de la encendida caridad que lo abrasaba; y así continuamente tenía el nombre santo de Jesús en la boca» (1).

11. Tal era Javier considerado personalmente. Pues si le miramos en el gobierno de la Compañía y en la formación de los misioneros, desde luego advertimos que fué admirable y más que natural la conformidad de su espíritu con el de San Ignacio. En vida del apóstol de las Indias no estaban promulgadas las constituciones, apenas podían comunicarse los dos santos, si no era muy de tarde en tarde, y, sin embargo, ¡qué unidad de miras se descubre en ambos! La misma cautela en no admitir gente inútil en la Compañía, la misma diligencia en probar bien á los novicios y fundarlos en las sólidas virtudes, sobre todo en la obediencia; el mismo espíritu de expansiva y alegre caridad; y finalmente, la misma firmeza en despedir de la Compañía á los que no se ajustaban á nuestro modo de vivir. En esto último, si alguna diferencia hubo, fué que Javier era algo más rápido y militar, por decirlo así, en sus procedimientos. Aquí, en Europa, cuando un religioso no procedía bien, Ignacio, antes de despedirle, solía enviarle de una casa á otra, ó cambiarle de ocupación, ó entretenerle en algún cargo inofensivo, ó hacer que le hablaran otros Padres; en una palabra, tomaba muchos medios lentos para corregirle. Allá en la India, donde no había estos recursos, y donde el santo apóstol debía hacer tan largas ausencias, era preciso resolver estos casos con más brevedad. Conocida la falta, se la hacía conocer al sujeto, se le señalaba el camino que debía seguir, y no había remedio, ó se enmendaba el culpable, ó se le expulsaba de la Compañía.

Aunque sentía Javier la grandísima escasez de operarios para una mies tan inmensa, no quería que se le enviasen sujetos de poco más ó menos. Á San Ignacio y al P. Simón Rodríguez ruega repetidas

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 191.

veces que no le envíen á la India los hombres que sean inútiles en Europa, porque más inútiles serán por allá. He aquí cómo quería á los misioneros: «También me parece dar parte á vuestra santa caridad (este tratamiento daba á San Ignacio) que los que de la Compañía han de venir para estar en la India, fuesen personas escogidas en los colegios de España y Coimbra, aunque no fuesen más de dos cada año; pero tales cuales la India los requiere: suficientes en perfección, y después, para predicar y confesar; y si les pareciese, que primero fuesen en peregrinación á Roma, experimentándose por los caminos para cuánto son, porque no se hallen nuevos en estas partes, por cuanto los peligros de acá de caer en flaquezas son muy grandes. Por eso es necesario que sean muy probados, y también porque los que acá estamos, en lugar de consolarnos con ellos, no recibamos desconsolación en despedirlos» (1).

Otro rasgo de su prudencia como superior fué el cuidado que siempre tuvo de mantener buenas relaciones con los obispos y con las autoridades civiles de Portugal. Castigaba severamente en los Nuestros cualquiera falta que en esto se cometiese. Bien lo muestra su carta al P. Alonso Cipriano, escrita en 1552. Este Padre, de condición dura, había movido cierto litigio al vicario de Meliapor, de lo cual se seguía algún escándalo en el pueblo. Enterado Javier del caso, le envía una buena reprehensión, y le manda, en virtud de santa obediencia, que, en recibiendo su carta, se presente al vicario, y, puesto de rodillas, le pida perdón por lo pasado y le prometa no apartarse nunca de lo que él disponga (2).

12. Para convertir á los malos cristianos, así como era grande el celo, así era singular el arte que usaba Javier. Había procurado conocer íntimamente la vida práctica, sobre todo de los comerciantes y soldados que andaban por la India, como lo demuestra su carta al P. Barceo, cuando le enviaba á Ormuz (3). Armado de este conocimiento, dotado de suma afabilidad en la conversación, de gran prudencia para disimular los pecados ajenos y de mucha perspicacia para descubrir el momento oportuno en que convenía dar el golpe, consiguió aquellas conversiones tan singulares de pecadores obstinados, con las cuales amenizan los biógrafos la narración de la vida del santo.

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 671.—(2) *Ibid.*, p. 745.—(3) Más bien que carta es una hermosa instrucción, en que le enseña lo que debe hacer no sólo como buen religioso, sino como prudente y sagaz misionero. Véase *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 858.

Obligados nosotros á mayor brevedad, diremos solamente algunas palabras sobre las tareas apostólicas de Javier en la conversión de los gentiles. Aunque forzosamente había de variar bastante su método, según la diversidad de naciones con que trataba, en general solía seguir el procedimiento que emprendió en la Pesquería, y que él mismo nos describió con estas palabras:

«Como ellos no me entendiesen, ni yo á ellos, por ser su lengua natural malavar y la mía vizcaína, ayunté los que entre ellos eran más sabios, y busqué personas que entendiesen nuestra lengua y la suya. Y después de habernos ayuntado muchos días, con grande trabajo sacamos las oraciones, comenzando por el modo de santiguar, confesando las Tres Personas ser un solo Dios. Después el credo, mandamientos, Pater noster, Ave María, Salve Regina y la confesión general de latín en malavar. Después de haber sacado en su lengua y saberlas de coro, iba por todo el lugar con una campana en la mano, ayuntando todos los muchachos y hombres que podía. Y después de haberlos ayuntado, los enseñaba cada día dos veces, y en espacio de un mes enseñaba las oraciones, dando tal orden, que los muchachos á sus padres y madres y á todos los de casa y vecinos enseñasen lo que en la escuela deprendían. Los domingos hacía ayuntar todos los del lugar, así hombres como mujeres, grandes y pequeños, á decir las oraciones en su lengua, y ellos mostraban mucho placer, y venían con gran alegría. Y comenzando por la confesión de un solo Dios trino y uno, á grandes voces decían el credo en su lengua; y así como yo iba diciendo, todos me respondían, y acabado el credo, tornábalo á decir yo solo; decía cada artículo por sí, deteniéndome en cada uno de los doce; amonestándoles que cristianos no quiere decir otra cosa, sino creer firmemente sin duda alguna los doce artículos, y pues ellos confesaban que eran cristianos, demandábales si creían firmemente en cada uno de ellos, y así todos juntos, á grandes voces, hombres y mujeres, grandes y pequeños, me respondían á cada artículo que sí, puestos los brazos sobre los pechos, uno sobre otro en modo de cruz, y así les hago decir más veces el credo que otra oración ninguna, pues por sólo creer en los doce artículos, el hombre se llama cristiano. Y después del credo la primera cosa les enseño los mandamientos, diciéndoles que la ley de los cristianos tiene solos diez mandamientos, y que un cristiano se dice bueno, si los guarda como Dios manda; y por el contrario, el que no los guarda es mal cristiano. Están muy espantados, así cristianos como gentiles, de ver cuán santa es la ley de Jesucristo y conforme á toda razón natural.

»Acabado el credo y mandamientos, digo el Pater noster y Ave María, y así como voy diciendo, así ellos me van respondiendo. Decimos doce Padre nuestros y doce Ave Marías á honra de los doce artículos de la fe, y acabados éstos decimos otros diez Padre nuestros con diez Ave Marías á honra de los diez mandamientos, guardando esta orden que se sigue: Primeramente decimos el primer artículo de la fe, y acabado de lo decir, digo en su lengua de ellos y ellos conmigo: Jesucristo hijo de Dios, dadnos gracia para firmemente creer sin duda alguna el primer artículo de la fe. Y para que nos dé esta gracia decimos un Pater noster, y acabado el Pater noster decimos todos juntos: Santa María, madre de Jesucristo, alcanzadnos gracia de vuestro Hijo Jesucristo, para firmemente y sin duda alguna creer el primer artículo de la fe; y para que nos alcance esta gracia le decimos el Ave María. Esta misma orden llevamos en todos los otros once artículos.

»Acabado el credo y los doce Padre nuestros y Ave Marías, como dije, decimos los mandamientos por la orden que se sigue: Primeramente digo el primer mandamiento, y todos dicen como yo, y acabado de lo decir, juntamente decimos todos: Jesucristo, hijo de Dios, dadnos gracia para amarnos sobre todas las cosas. Demandada esta gracia, decimos todos un Pater noster, el cual acabado, decimos: Santa María, madre de Jesucristo, alcanzadnos gracia de vuestro hijo para poder nos guardar el primer mandamiento. Demandada esta gracia á Nuestra Señora, decimos todos el Ave María. Esta misma orden llevamos en todos los otros nueve mandamientos, de manera que á la honra de los doce artículos de la fe decimos doce Padre nuestros con doce Ave Marías, demandando á Dios nuestro Señor gracia para firmemente sin duda alguna creer en ellos; y diez Padre nuestros con diez Ave Marías á honra de los diez mandamientos, rogando á Dios nuestro Señor que nos dé gracia para los guardar. Estas son las peticiones que por nuestras oraciones les enseño demandar, diciéndoles que si estas gracias de Dios nuestro Señor alcanzasen, que él les dará todo lo demás más cumplidamente de lo que ellos lo sabrían pedir. La confesión general hago decir á todos, especialmente á los que se han de bautizar, y después el credo, é interrogándolos sobre cada artículo, si creen firmemente, y respondiéndome que sí, y diciéndoles la ley de Jesucristo que han de guardar para salvarse, los bautizo. La Salve Regina decimos cuando queremos acabar nuestras oraciones.....

»Dejando en este lugar quien lleve lo comenzado adelante, voy vi-

sitando los otros lugares haciendo lo mismo. De manera que en estas partes nunca faltan pías y santas ocupaciones. El fruto que hace el bautizar los niños que nacen, y en enseñar á los que tienen edad para ello, nunca os lo podría acabar de escribir. Por los lugares donde voy dejo las oraciones por escrito, y á los que saben escribir, mando que las escriban y sepan de coro y las digan cada día, dando orden cómo los domingos se ayunten todos á decir las. Para esto dejo en los lugares quien tenga cargo de lo hacer.... El gobernador de esta India es muy amigo de los que se hacen cristianos, é hizo merced de cuatro mil piezas de oro cada año, y éstas para que solamente se gasten y den á aquellas personas, que con mucha diligencia enseñan la doctrina cristiana en los lugares de los que nuevamente se convierten á la fe» (1).

De este modo evangelizaba Javier al pueblo rudo. Con la gente que presumía de docta, como eran los brahmanes de la India y los bonzos del Japón, érale necesario entablar algún género de polémica. En tales casos procuraba primero que ellos expusiesen sus doctrinas, y cogiéndoles en contradicción, les hacía palpar lo absurdo de sus creencias. He aquí una de estas escenas, que él mismo nos describe en la carta anterior:

«Andando visitando los lugares de cristianos, paso por muchos pagodes, y una vez pasé por uno donde había más de doscientos brahmanes, y viniéronme á ver: y entre muchas cosas que pasamos, demandéles una cuestión, y era que me dijese qué les mandaban sus dioses é ídolos, en los cuales adoraban, que hiciesen para ir á la gloria. Fué grande contienda entre ellos sobre quién me respondería. Dijeron á uno de los más antiguos que respondiese, y el viejo, que era de más de ochenta años, me dijo que le dijese yo primero lo que mandaba el Dios de los cristianos que hiciesen. Yo, entendiendo su ruindad, no quise decir cosa alguna hasta que él dijese. Entonces fuéle forzado manifestar sus ignorancias. Respondióme, que dos cosas les mandaban hacer sus dioses para ir donde ellos están. La primera es no matar vacas, en las cuales ellos adoran, y la segunda es hacer limosnas, y éstas á los brahmanes que sirven á los pagodes.

»Oída esta respuesta, pesándome de los demonios señorear nuestros prójimos en tanta manera, que en lugar de Dios se hacen adorar de ellos, levantéme, diciendo á los brahmanes que estuviesen asentados, y á grandes voces dije el credo y mandamientos de la ley en

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 279.